

EDUCACIÓN / ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

# Enseñanza obligatoria hasta los dieciocho años

● TRIBUNA LIBRE

HACE POCO el ministro Gabilondo ha dejado caer la idea de prolongar la enseñanza obligatoria hasta los 18 años, que ahora está fijada hasta los 16 años. Si ha sido una ocurrencia, no tiene ninguna gracia. No creo que haya sido fruto de una inspiración momentánea o de un deseo pasajero. El ministro Gabilondo, metafísico de profesión, tiene por costumbre pensar y sopesar todo antes de emitir una opinión. Hay quien llega a hablar hasta de «un ardid para enmascarar el paro juvenil» (Francisco Rosell) y hay quienes sostienen que el debate abierto por el ministro está en la línea de países como Holanda y Alemania, que ya tienen la escolarización obligatoria hasta los 18 años.

En España, el abandono escolar antes de los 16 años alcanza el escandaloso porcentaje de más del 30%. Además, los resultados de la calidad del sistema educativo español son, como se sabe, muy negativos según los sucesivos Informes PISA (Programme for International Student Assessment o Programa Internacio-

nal para la Evaluación de Estudiantes). Los profesores se han convertido en 'guardianes' de jóvenes, a quienes les importa un bledo el aprendizaje de algo que no sea baile ligero, música facilona o botellona semanal. La obsesión de ofrecer café para todos ha provocado una bajada escandalosa en la calidad de la enseñanza. Se ha infantilizado el sistema educativo español en la enseñanza Secundaria con los resultados nefastos que todos conocemos. Y ahora se pretende infantilizar también a la universidad poniendo más énfasis en las formas de enseñar que en los saberes mismos. Pues sépase que, quien no sabe algo, no puede enseñarlo por muchos cursos de formación que siga y por muchas herramientas tecnológicas que emplee. Y en España cada día se sabe menos con «normas educativas basadas en el mínimo esfuerzo y la mediocridad, en vez de premiar el esfuerzo y el mérito» (José María Carrascal).

Busquemos una comparación con el fútbol y su organización. En los últimos años se han construido y remodelado estupendos estadios (el Nuevo Colombino, sin ir más lejos), se han

introducido nuevas técnicas de entrenamiento y se contratan incluso a psicólogos y nutricionistas que ayudan a mejorar el rendimiento de los futbolistas. Se preparan concienzudamente los partidos con ayuda de las nuevas tecnologías y se planifica toda la temporada con minuciosidad. Pero, si ocurriera que los futbolistas no supieran jugar muy bien al fútbol o no alcanzaran la calidad deseable en un club de Primera o de Segunda, todo el montaje se vendría abajo y los clubes que permitieran tal desguisado desaparecerían, porque lo importante de verdad es que el equipo juegue bien al fútbol y gane partidos. Por cierto, de los psicólogos, preparadores físicos, recuperadores y demás se habla bien poco, aunque tengan su importancia, mucho menor; desde luego, que la de los futbolistas. En el fútbol el entrenador entrena y marca el camino que los jugadores deben seguir, los futbolistas se ejercitan en el dominio del balón y en las tácticas que van a desarrollar en los partidos y los buenos directivos se preocupan de las infraestructuras y de la buena administración de sus entidades deportivas. Y a nadie con sentido común se le ocurre invadir el terreno de los demás.

En la enseñanza, los teóricos y no pocos 'desertores de la tiza', con mando en plaza por arte de birlibirloque, se han arrogado el papel de difundir e implantar la buena nueva de enseñar sin saber, de aprender sin la disciplina del esfuerzo diario, de creer y hacer creer que todo es un juego divertido de pelotitas, aparatos, pantallitas y pizarritas especiales. No, el niño y el joven tienen que aprender, por ejemplo, la tabla de multiplicar (de memoria) y debe situar en el mapa las naciones del mundo y debe saber lo que pasó en la Grecia antigua, lo que cambió el mundo con Pitágoras, Newton,

Darwin y Einstein (con su primera esposa Mileva Maric) o a qué velocidad se traslada la Tierra alrededor del Sol o cómo se aprende literatura leyendo buena literatura o cómo se avanza en el arte de escribir correctamente redactando una y otra vez y no perdiendo el tiempo en teorías lingüísticas que duran menos de una generación.

¿Cómo se puede hablar de obligatoriedad de la enseñanza hasta los 18 años si antes no se han solucionado los gravísimos problemas del sistema educativo actual? Nadie habla de contenidos ni de saberes, sino de formas de enseñar y aprender. Los profesores han sido abandonados a su suerte, han sido desposeídos de su autoridad moral y han sido convertidos, en el mejor de los casos, en animadores culturales de una enseñanza descafeinada e infantilizada. Nadie les apoya en su dignidad personal y social y nadie reconoce la pasión con la que todavía muchos profesores transmiten a los alumnos que pueden el rico legado de nuestros antepasados.

No creo que sean necesarios congresos sobre el reglamento de los centros, sino lecturas de libros como el de George Steiner y Cécile Ladjali (*Elogio de la transmisión*, Madrid, Siruela, 2005), porque todavía puede quedar algún resquicio de esperanza y de fe en que la tarea de profesor merece la pena y en que es posible volver a enseñar contenidos, saberes y responsabilidades. No hay que decaer ni pedir permiso para eso, sino que hay que oponerse con todas las fuerzas a quienes han destrozado el sistema educativo en España: LOGSE de 1990 y LRU de 1983 o LOU de 2001.

Antonio Ramírez de Verger es catedrático de Filología Latina, ha sido rector de la Universidad de Huelva.